

Una mirada sobre la educación

# la autonomía: HORIZONTE DEL CUIDAR

**FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ**  @f\_torralba  
Filósofo y teólogo. Universidad Ramon Llull (Barcelona)  
francesctr@blanquerna.url.edu  
www.francesctorralba.com

**E**s evidente que no nacemos perfectamente configurados como seres autónomos. Nacemos frágiles, dependientes, extraordinariamente vulnerables a los estímulos externos.


## ESENCIA DEL CUIDAR

El filósofo anglosajón Alasdair MacIntyre ha mostrado de forma convincente, que sólo llegamos a ser relativamente autónomos, después de un dilatado período de dependencia en el que necesitamos que los demás se ocupen de nosotros y nos ayuden hasta que podamos desarrollar nuestras propias capacidades. Sin embargo, las virtudes desarrolladas por quienes nos cuidan durante nuestra fase de dependencia no siempre coinciden con las que nosotros realizamos al conseguir nuestra autonomía.

La virtud del cuidar, la consagración asimétrica, no recíproca y parcial al bienestar de otro, que nos exige que transparentemos sus necesidades, es una expresión de la lógica del don. Cuidar es un modo de darse al otro.

Nuestra atención a los pequeños es expresión de una capacidad propiamente humana, de la lógica del don. En el cuidado aparece un profundo sentido del valor propio e insustituible de cada ser humano, que ciertamente es mucho más intenso cuando se trata de personas a quienes nos sentimos vinculados por relaciones de amor y de afecto.

El valor de cada uno procede de la atención que le haya prestado una persona que lo haya cuidado maternalmente. En este sentido, es pertinente recordar aquel aforismo popular: "Todos somos hijos de una madre". Por persona que lo cuide maternalmente no queremos decir que se trate, necesariamente, de una madre biológica o adoptiva. Nos referimos a cualquier mujer u hombre que se consagre o asuma la responsabilidad de atender a otro ser dependiente y vulnerable, y que sienta que su bienestar es tan fundamental que llegue a considerarlo como algo realmente suyo.

 Cada campo de conocimiento tiene la posibilidad de alargar sus límites hasta abrazar otras temáticas y penetrar en ellas con su propio modo de mirar. Se generan así espacios escogidos de diálogo e interpelación mutuos de gran valor formativo. La ciencia, por su incidencia social y por su capacidad de llegar hasta hondas raíces humanas, es un lugar favorable a este tipo de búsquedas. Se requiere para ello una enseñanza entusiasmante y motivadora.

opinión 



Francesc Torralba Roselló.



Cuidar a otro como una madre cuida a su hijo o como, de hecho, cualquier asistente cuida a aquel que está bajo su protección, es un tipo de relación altamente peculiar. Da origen a una situación en la que uno subordina o pospone sus propios intereses, aspiraciones y deseos, y se priva de ellos para satisfacer las necesidades del otro de un modo que en otras circunstancias sólo lo haría un esclavo.

La familia, cuando verdaderamente es una comunidad afectiva, un entorno cálido, es una esfera privilegiada para la práctica del don. La familia es, a pesar de todo, el lugar privilegiado en el cual la lógica del don debe ser particularmente custodiada e prometida; es en la familia, de hecho, donde se aprende la acogida del otro que se compromete a vivir una libertad que no es arbitraria. La proximidad por sí sola no basta: es necesaria la gratuidad para aprender a ser hermanos. Y esto es verdadero en la familia, porque es el lugar en el cual se acoge la vida, que es siempre fuente de riqueza y de desarrollo.

La donación que uno hace de sí mismo no busca normalmente la reciprocidad o la compensación. El cuidar a otro tiene valor en sí mismo; lo único digno de tal esfuerzo es otro ser que tenga un valor intrínseco en él y por él mismo. El reconocimiento de este valor no se consigue mediante la actitud del respeto a otro, sino mediante el cuidado amoroso del otro. El cuidado o la atención surgen del amor concreto a un determinado individuo. Este tipo de amor, como el abstracto, también suscita un deber, concretamente, el deber de ayudar al otro cuando lo necesite.

La madre es la figura ejemplar de la cura, puesto que se da sin pensar en un intercambio, no aspira a un aumento del propio poder económico y no actúa persiguiendo un reconocimiento. Cuida porque simplemente ama a su criatura, desea su bien y de este modo realiza el propio ser madre.

Un ser que ha llegado a ser quien es, es gracias al cuidado amoroso de una persona que le ha tratado maternalmente, es una persona que tiene en sí misma

la fuente de valor. Esta relación de cuidado sirve como conducto de valor. El valor del cuidador se transfiere a aquel o aquella que es cuidado. Otras relaciones —excepto en el caso que se dé una mutua estima— son esencialmente instrumentales y el valor que producen es, por consiguiente, de carácter instrumental. Pero las relaciones de ayuda transfieren y reconocen, y, por lo tanto, realizan el valor intrínseco.

El cuidado es donación de sí mismo, no de cosas, va más allá de las cosas, subsiste sólo en el ámbito del ser, realiza el proyecto antropológico tanto del que dona, como del que se beneficia del dono.

Es propio de la cura de un enfermo el espíritu del don. Toca la piel de la gratuidad. Se obra sin el cálculo de un retorno de lo que se ha dado. Se da verdaderamente cuando se ofrece lo que no puede ser restituido. Y, sin embargo, no es sólo un dar; es también una transformación del ser del donante.

Cuando uno es tratado como un fin en sí mismo siente que es tratado con amor y respeto. Cuando uno es tratado como objeto, como una mercancía o como moneda de cambio, experimenta un desgarramiento interior. Puede intentar disimularlo, justificarse, convencerse a sí mismo que tiene que ser así, pero en el fondo del ser humano se rebela algo, porque uno no desea ser tratado como un objeto, puesto que es un ser digno, dotado de una dignidad inherente y aunque se la niegue el Estado, la raza dominante, la política de inmigración, el sectarismo educativo y publicitario: sabe que es un fin en sí mismo y anhela ser tratado como tal.

El niño, para llegar a ser lo que está llamado a ser, para desarrollar su misión fundamental en la existencia, esa que sólo puede auscultar en la más solitaria de las soledades y que sólo puede desarrollar él y nadie más que él en la historia, requiere de una esfera afectiva, de un entorno cálido que le proteja del mundo exterior.

#### UN HOGAR EN EL MUNDO

Sin una estructura de acogida, el niño no puede desarrollarse, porque su extrema fragilidad exige, por necesidad, un ámbito mínimo de acogida. En este sentido, el hogar, tal y como es concebido por Emmanuel Levinas, constituye el ámbito fundante, la condición de posibilidad de la misión, del ejercicio de la libertad responsable. “Soy acogido, luego existo” o dicho de otro modo: “existo porque fui hospedado”.

Debido a su dependencia y fragilidad constitutiva, el niño no puede llegar a ser lo que está llamado a ser sin la solícita y constante ayuda de otros seres humanos, máxime en los períodos iniciales de configuración de su ser. En este sentido, no se basta a sí mismo y sólo puede desarrollar ese don que ha recibido, la existencia, si otros le preservan de la intemperie, velan por su formación, se preocupan por todas las dimensiones de su ser.

A lo sumo, el ser humano alcanza una frágil y provisional autonomía, que, siempre está amenazada por factores exógenos y endógenos y que sólo puede mantener a lo largo del tiempo si se cuida persistentemente para que no se quiebre y advenga la heteronomía. La dependencia no es un rasgo extraño del ser humano. Nacemos dependientes, crecemos en interacción con otros seres humanos y durante toda la existencia dependemos de los recursos naturales, del entorno climático, de lo que acaece fuera de nosotros mismos.

Habituándose al espacio doméstico, siempre fiel, donde constantemente se encuentra con las mismas cosas, con las mismas personas, el niño lo habita reconociéndolo y sintiéndose reconocido.

Repitiendo los mismos movimientos, el cuerpo del pequeño hace de aquel espacio, el propio hábitat. La repetición de los movimientos y de las percepciones, garantizada en la casa, favorece la construcción de una casa interna al niño, que le permitirá sentirse en casa, aunque no conoce todavía el mundo externo. En definitiva, la originaria permanencia ambiental favorece la percepción de la continuidad de sí misma en las distintas situaciones.

Sin esa confianza fundamental es imposible vivir, porque vivir es hacer infinitos actos de fe, pero la sensación del mundo está estrechamente conectada con la experiencia de la primera casa que el cuerpo ha experimentado desde el principio. Un déficit de continuidad ambiental desde el inicio representa una grave mutilación afectiva del yo, pues su identidad, como se ha dicho, depende, en gran parte, del presentimiento fiduciario de la confianza del mundo, es decir, de que el mundo y, por extensión, los adultos que lo habitan, es digno de fe.

El hogar, pues, delimita un espacio interno, distinto del espacio externo. Respecto al segundo, el primero es concebido a partir de una red de relaciones inten-

samente afectivas y estables que contrastan con la inestabilidad, el frío y el formalismo, real o presunto, que se percibe fuera de la casa. Todo ser humano, para poder gozar de un desarrollo emocional, mental y social equilibrado, requiere de ese entorno, de un hogar. No basta con un techo, con un espacio confortable. Requiere de una esfera privada, de un lugar en el cual pueda liberar sus pensamientos, temores, expectativas, sufrimientos y alegrías.

#### POTENCIAR LA AUTONOMÍA

Uno de los ejes de la práctica educativa es potenciar la autonomía del niño con el objetivo que pueda desarrollar todas sus facultades y ser capaz de regular su propia vida, o más concretamente, de hacer de ella un proyecto único e irreplicable.

Una persona autónoma es capaz de regir su propia vida, pensar sus actos y tomar las decisiones oportunas en íntima relación con su propio sistema de valores. Nunca jamás se debe confundir una vida autónoma con la soledad o la autosuficiencia. Ser autónomo no implica negarse a colaborar activamente con los otros con tal de conseguir un ideal común. La autonomía y la cooperación no están reñidas. Todo lo contrario. Sólo la cooperación que nace de la autonomía personal es verdadera cooperación, porque ha sido pensada y decidida libremente por uno mismo y no impuesta desde elementos externos.

La autonomía está entre los objetivos fundamentales de la educación, pero también es determinante en la práctica del cuidar y del curar. Al fin y al cabo, lo que se propone un cuidador cuando atiende a una persona vulnerable es que la persona cuidada sea capaz de valerse por sí misma, de ganar cotas de independencia, de tener más funcionalidad propia. Cuando esto se consigue, el cuidador puede quedar en segundo plano, pues ya ha dado las herramientas y las estrategias oportunas para conseguir tal objetivo. La prueba



determinante de que una persona ha alcanzado la autonomía integral es que ya no necesita del educador o del cuidador para desarrollar su vida. Ha alcanzado un nivel de simetría y puede establecer un diálogo y colaboración en un plano de igualdad.

No siempre se es capaz de conseguir tal fin, pues en ocasiones existen barreras físicas o mentales difíciles de superar, pero cuidar es potenciar la autonomía y eso sólo se consigue combatiendo cualquier tendencia paternalista. A la hora de pensar la autonomía es fundamental recordar que este vocablo incluye, cuando menos, cinco significados distintos: la autonomía física, la psíquica, la social, la jurídica y la ética.

La autonomía física se refiere a la capacidad de desarrollar las funciones básicas de la vida por uno mismo, sin necesidad de ayuda o de colaboración de otra persona. Uno es físicamente autónomo cuando puede valerse por sí mismo. En ocasiones, esta autonomía requiere de alguna incorporación tecnológica como una prótesis o un sistema operativo que permita realizar esas actividades vitales que uno no puede hacer por causa de alguna enfermedad o minusvalía física. La autonomía física se refiere, además, a la capacidad de ser el soberano del propio cuerpo, de poder regular su actividad desde la razón y de conducirlo según las decisiones planificadas.

La autonomía psíquica se desdobra en dos niveles: la mental y la emocional. Una persona tiene autonomía mental cuando es capaz de pensar por sí misma, cuando tiene ideas propias y sabe distinguir sus propios pensamientos de los mensajes exteriores. La autonomía emocional es la toma de distancia del propio flujo emocional, el reconocimiento de las emociones que hay en él y la capacidad de regularlas desde la razón. Una persona autónoma desde el punto de vista emocional tiene capacidad de canalizar y sublimar sus emociones negativas y evitar su expresión. La autonomía psíquica no está unida, necesariamente, a la física, pues hay personas que tienen dominio sobre su propio

cuerpo, pero carecen de pensamiento propio o son esclavos de sus pasiones.

La autonomía social tiene que ver con la capacidad de desarrollar el propio proyecto de vida en el entorno social y poder resolver por uno mismo las necesidades subsistencia. Una persona es autónoma social y económicamente cuando puede emanciparse, cuando ya no requiere del apoyo del entorno afectivo, fundamentalmente la familia, para desarrollar su proyecto vital. Los procesos de autonomía social y económica difieren mucho según contextos y situaciones, pero, por lo general, se detecta en nuestro país un retraso significativo en este punto, por determinadas barreras, tanto en el mundo laboral como en el derecho a una vivienda digna.

Además de la autonomía social y económica, está la jurídica que consiste en el reconocimiento del sujeto como mayor de edad, capaz de participar plenamente en la sociedad y ser tratado como un adulto. El reconocimiento jurídico de la autonomía difiere según países y naciones, y también la adscripción de derechos. En este debate existen posturas muy confrontadas. Desde quienes desearían reconocer más derechos a la persona del menor, hasta los que sucumben al paternalismo, negando derechos que son legítimos.

Finalmente, está la autonomía ética, que exige un desarrollo cognitivo mínimo, pero va más allá de la autonomía psíquica. Se refiere a la capacidad de tomar decisiones libres y responsables, de deliberar los pros y los contras que están implicados en toda decisión y en ser consecuente con aquella opción que se ha tomado. Esta autonomía es el fundamento de la libertad y exige prudencia, pero también sentido de la responsabilidad.

En definitiva, educar a una persona significa desarrollar su autonomía integral, velar por los distintos niveles implicados y eso es tarea fundamental de los educadores, especialmente, del entorno familiar y de la escuela. ■



### Para saber más

- Libros de TORRALBA ROSELLÓ, F.:
  - (2009). *Ah, sí? Com parlar de Déu als infants*. Barcelona: Editorial Claret.
  - (2002). *Ética del cuidar. Fundamentos, contextos i problemes*. Barcelona: Mapfre Medicina.
  - (2001). *Rostro y sentido de la acción educativa*. Barcelona: Edebé.

### hemos hablado de:

**Autonomía, cuidado, autosuficiencia, independencia.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en abril de 2013, revisado y aceptado en julio de 2013 para su publicación.